

EL NIÑO PRODIGIO

Txetxu Núñez

EL NIÑO PRODIGIO

Flandes, año 1841. En aquellos años era muy apreciada la buena música y la danza, especialmente entre las personas de la alta sociedad. Los príncipes y las familias aristocráticas se desvivían para que sus hijos tuviesen los mejores maestros para que les enseñasen a tocar algún instrumento de música. Los personajes más importantes de las ciudades invitaban a sus amigos más íntimos a sus grandes salones para que pasasen una velada estupenda oyendo a alguno de los mejores músicos del momento. En esos encuentros mientras las mujeres exhibían sus mejores vestidos y joyas para ser admiradas por todos, los maridos se pavoneaban de sus mujeres.

En este periodo de la historia europea, el estudio de al menos un instrumento musical era casi obligatorio para los jóvenes descendientes de las familias aristocráticas o de la alta burguesía. Los padres consideraban la música como lo más de las artes, y muchas conversaciones que se

mantenían en las recepciones de la alta sociedad era sobre música. Muchas tardes había reuniones en los salones de las damas de la alta burguesía, personas enriquecidas: comerciantes y banqueros.

En una pequeña y vieja casa vivían Sadwin Stromber y Rita Weimar con su pequeño hijo Clemens. Sadwin era uno de los violinistas que tocaban en la orquesta de la corte. Sadwin tenía solo una cosa en la cabeza, que su hijo Clemens aprendiese a tocar el violín. Todas las tardes con mucha paciencia cogía a su hijo y le enseñaba a coger el violín y seguidamente a tocarlo. Clemens con tan solo dos años hacía lo que podía.

Tres años más tarde, Clemens cogía el violín y sabía interpretar unas cuantas piezas que le había enseñado su

padre con gran esfuerzo por su parte. Rita le escuchaba desde detrás de la puerta ya que su marido se encerraba con su hijo en la pequeña habitación para que nadie les interrumpiese. Sadwin era muy estricto cuando enseñaba a su hijo, no permitía que nadie les molestase mientras él se afanaba por enseñarle.

Cuando Clemens tenía tan solo cinco años tocaba el violín muy bien. Por esa época apareció un instrumento musical llamado piano que irrumpió con fuerza en Europa. Fue entonces cuando Sadwin dejó de enseñar a su hijo el violín y contrató a un profesor de piano para que su hijo aprendiese a tocar ese instrumento que estaba cogiendo auge en las más altas esferas de la aristocracia. Desde que Sadwin vio un piano supo que las personas que dominasen ese instrumento serían llamados por los grandes magnates para tocar en sus palacios.

- No te parece que eres demasiado estricto con tu hijo, le dijo Rita a su

marido. Es muy pequeño y apenas le dejas que juegue como hacen los demás niños.

- No hay tiempo para juegos, le respondió Sadwin a su mujer sin siquiera mirarla. Nuestro hijo lleva la música dentro de él y tengo que sacársela para que las personas le oigan tocar.
- Pues Clemens parece no pensar lo mismo, dijo Rita. Cada vez que estamos solos me dice que no le dejas tiempo para jugar.
- Algún día me lo agradecerá, dijo Sadwin un poco irritado porque la conversación entre su mujer y él se iba alargando.

Tres días a la semana se personaba en su casa el maestro de Clemens para enseñarle a tocar el piano ante la mirada atenta de su padre que sentado en una silla en un rincón de la habitación seguía las clases de su hijo con verdadera pasión. Un buen dinero le costaba aquel profesor a Sadwin y no estaba dispuesto a perder de vista aquellas clases y ver con sus propios ojos el progreso de su

hijo. Dos años más tarde, el maestro del muchacho estaba muy orgulloso de él, no tenía a ningún otro alumno que aprendiese con la facilidad que lo hacía Clemens. Muchas veces felicitaba al chico por lo bien que cogía todo lo que le enseñaba. Sadwin aunque oía al profesor decir una y otra vez que el chico cogía las cosas muy bien y estaba orgulloso, seguía con su rostro impertérrito. A su hijo nunca le dijo una palabra amable, más bien le decía una y otra vez que se tenía que esforzar más si quería tocar algún día en las casas de los aristócratas.

Una noche que Sadwin llegó a casa, Rita se fijó que no traía buena cara.

- ¿Te pasa algo?, le preguntó Rita a su marido.
- Estoy un poco cansado, respondió Sadwin. Eso es todo. Cuando descanse un poco me encontraré mejor.

Rita no le dio mucha importancia, aunque le pareció un poco raro que su

marido se metiese en la cama tan rápidamente, siempre era el último en acostarse.

Al día siguiente a Rita le pareció raro que su marido no se hubiese levantado temprano como hacía cada día. Sin embargo, le dejó tranquilo. Pasaron las horas, como Sadwin no se levantaba, se acercó a la habitación y le llamó:

- “Sadwin”, es tarde, tienes que ir a trabajar.

Pero Sadwin no parecía que la hubiese oído. Rita se acercó al borde de la cama y le zarandeó.

- ¡Sadwin!, ¡Sadwin!, despierta.

Pero Sadwin seguía como si nada. Entonces Rita se quedó mirando a su marido un poco extrañada. Seguidamente le puso la mano en la frente y fue entonces cuando se dio cuenta que estaba helado, lanzó un pequeño grito:

- ¡Ahhhh!

Clemens corrió a la habitación de sus padres al oír el grito de su madre:

- ¿Qué pasa?, preguntó el chico.

A Rita le caían las lágrimas por la cara como si de un manantial se tratase. Entonces Clemens miró a su padre y vio que tenía la cara muy blanca, no se movía, tenía los ojos excesivamente abiertos.

- ¡Tu padre ha muerto!, se oyó la voz de Rita retumbar en la pequeña habitación.

Al día siguiente Sadwin Stromber después del funeral era enterrado en el cementerio de la ciudad. Pocos fueron los que acudieron a darle el último adiós, entre ellos estaba la hermana de Rita; Simone, casada con un banquero que había tenido suerte en los negocios y

ahora frecuentaban las casas de la alta burguesía.

- Si algo puedo hacer por ti querida hermana, no dudes en decírmelo, le dijo Simone.

Rita en esos momentos no tenía la cabeza en su sitio, solo pensaba en la muerte de su marido. Así que se quedó mirando a su hermana como si fuese una extraña.

- Freiders no ha podido venir, ya sabes cómo son los banqueros siempre están trabajando, le dijo Simone a Rita.

Poco después, Rita empezó a andar hacia la salida del cementerio acompañada por su hijo. Clemens miraba a su madre con pena, aquella imagen se le quedó grabada en la memoria hasta muchos años después.

Pasaron las semanas, a Rita le costaba volver a la realidad de la vida. Uno de los días, Rita le dijo a su hijo:

- ¡Tenemos que despedir a tu profesor de piano! No tenemos dinero para seguir pagándole.**
- No te preocupes madre, seguiré yo solo con las lecciones, contestó Clemens.**

A partir de ese momento Clemens siguió tocando diariamente en su habitación como si siguiera teniendo un profesor. Era constante, no se permitía un descanso. Rita escuchaba las melodías que tocaba su hijo y se quedaba extasiada. Llegó un momento que los pocos ahorros que tenía Rita se acabaron. Entonces se le ocurrió la idea de acudir a su hermana Simone para pedirle ayuda.

Un día mientras Clemens tocaba el piano en su habitación, Rita decidió salir para ir a visitar a su hermana. Cuando

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

